

De la Iglesia medieval a la Reforma protestante

Néstor H. Torres-Torres

Centro de Pensamiento La Esperanza “Don Pedro Laín Entralgo”

Universidad La Gran Colombia

ORCID: <https://orcid.org/0009-0000-4462-2504>

e-mail: nestor.torres@ugc.edu.co

Resumen

Hacia finales del siglo V d. C., tras la caída del Imperio romano de Occidente, el poder hegemónico europeo quedó aparentemente vacío; no obstante, el cristianismo como estructura sociocultural bien consolidada, cumple con los que se requiere para hacerse cargo de la organización de Europa durante la llegada de los pueblos bárbaros y hacerlo hasta el Renacimiento. Este trabajo se realizó a partir de un enfoque metodológico cualitativo, basado en el análisis de literatura histórica, para intentar determinar cómo se dio la transición del Imperio al predominio cristiano. Se puede observar como el cristianismo, como estructura sociopolítica, y no tanto como religión, toma la sucesión del poder dominante en la Europa medieval. Habitualmente al abordar el cristianismo como objeto de estudio, el punto de vista religioso es dominante, sin embargo los efectos que ha tenido el fenómeno cristiano en los niveles: político, económico y cultural son muy significativos, por lo cual se considera necesario hacer un abordaje un tanto separado del componente religioso propio del cristianismo. El cristianismo indiscutiblemente se consolidó como una estructura de poder y de organización social en Europa y ostentó esa característica, de forma indiscutida, prácticamente hasta la Reforma protestante.

Palabras clave: cristianismo, Edad Media, Imperio romano, Renacimiento, Reforma protestante.

La realidad histórica de Europa, entre los siglos II y V nos sitúa ante una sociedad heterogénea, formada por muchos pueblos con usos culturales propios, pensamientos y filosofías diversas, religiones variopintas y formas dispares de entender al mundo y al ser humano. Un terreno como el descrito supone grandes dificultades para establecer mecanismos de dominación y cohesión política realmente eficientes y con una amplitud considerable (Fontana, 1994).

Roma había conseguido la unificación del imperio (a lo largo de la cuenca mediterránea) gracias a tres factores fundamentalmente: i) una maquinaria militar y de asedio altamente desarrolladas, ii) el dominio tributario de los pueblos que adhería a sus territorios y iii) la exigencia de afinidades con unos intereses comunes, sobre todo, en lo que tenía que ver con el comercio, la ostentación y el ocio. El tercer factor fue el desarrollo de una infraestructura en función de los dos aspectos anteriores; ejemplo de ello es la malla vial romana que permitió la unicidad de Roma a muchos niveles: permitía movilizar ejércitos rápidamente a lo largo y ancho del territorio, así como establecer sus líneas de suministros, también aseguró el flujo de mercancías y por tanto el comercio; la movilidad de personas, el intercambio y difusión culturales estaban garantizados gracias a esta mega-estructura. La instauración de Roma en algún territorio bajo los criterios mencionados comenzó a referirse como la *Pax Romana* (la paz de Roma), y bajo este modelo se expandió eficazmente hasta convertirse en “la Gran Roma”, “la Ciudad Eterna”, “el Gran Imperio”.

La época de máximo esplendor de la unidad política, militar y administrativa más grande y robusta de todos los tiempos, Roma, coincide también con el inicio de su decadencia. Son muchas las razones que se pueden mencionar para hablar de la decadencia y caída de Roma, parafraseando a Gibbon; sin embargo, mencionaremos solamente la que

tiene que ver con la influencia del fenómeno cristiano y su posterior influencia en el ordenamiento de la Europa medieval.

A la par que el cristianismo, es necesario mencionar otro fenómeno que actuó, quizá, como desencadenante de los acontecimientos que acarrearán la defenestración de la parte occidental del Imperio, la llegada de los pueblos bárbaros. El profesor Arther Ferrill (1998) afirma: “En la última mitad del siglo IV empezó la oleada de las invasiones bárbaras, comenzando con la victoria de los visigodos sobre el emperador Valente en Andrinópolis en 378, que aplastó temporalmente al Imperio Romano de Occidente”. Estos acontecimientos arrastraron a Roma a asumir su evolución histórica de una forma radicalmente distinta a como venía haciéndolo.

¿Qué relación puede haber, pues, entre los dos acontecimientos mencionados?: el cristianismo y la llegada de los pueblos bárbaros. El imperio en franca decadencia, ante la llegada de pueblos foráneos, no tuvo más que reconocer su inminente debilidad. Roma, fue trágicamente consciente de que no podía hacer nada para frenar el avance de los pueblos que se allegaban a sus territorios como desplazados del pueblo Huno, liderado por Atila, que pretendía derrocar el poder, casi absoluto, que suponía el mundo romano.

No todo estaba perdido para Roma, había algo que se venía gestando en su propio interior y que, siendo una amenaza en primera instancia, se convertiría en la posibilidad más plausible de su salvación. El cristianismo, desde la segunda mitad del siglo I había venido cobrando fuerza en el Imperio. “En el 300, tal vez un cuarto de la población romana era cristiana o tenía simpatías cristianas” (Asimov, 1999, p. 26). Ese grupo social de carácter religioso había sobrevivido de manera admirable a las encarnizadas persecuciones a las que Roma lo había sometido. El nuevo grupo sociocultural, sobrevivió hasta llegar a Constantino I “el Grande”, “que era un político astuto” quien “Volcó sus simpatías al cristianismo y al

final de su reinado era prácticamente la religión oficial del Imperio Romano” (Asimov, 1999, p. 26). Los cristianos, que significaban un potencial social inmenso, solo serían sumisos ante el poder religioso, previó Constantino.

Tras la derrota en Andrinópolis, Teodosio, sucesor de Valente, firmará el Edicto de Tesalónica (año 380), por el cual la religión cristiana, a partir de ese momento conocida como Iglesia Católica (universal), se convertiría en la religión oficial del Imperio. Este acontecimiento marcará la transición de un cristianismo meramente religioso a una iglesia politizada, que jugará un papel preponderante en la organización de lo que fuera Roma, frente a la llegada de los pueblos migrantes.

Fue durante lo que conocemos como la “*era patrística*” o “*Iglesia de la Antigüedad tardía*”, cuando se completó el proceso de fijación de la doctrina “*católica*” en Occidente y se emprendió la gran tarea de la conversión del mundo “*Bárbaro*”: germanos, celtas, galos, etc. (Fontana, 1994)

Según Fontana, durante los cinco primeros siglos de la era cristiana; el cristianismo se consolida como una doctrina que aglutinará, bajo una sola bandera a todos los pueblos que estaban arribando y arraigándose al territorio europeo. Siendo así, se puede afirmar que el cristianismo además de un poder religioso-espiritual pasa a monopolizar parte del poder civil o, dicho de otra forma, el cristianismo pasa a suponer un poder fáctico, que actuará sociopolíticamente en la configuración y administración de Europa desde el siglo V hasta el XV, cuando por el movimiento renacentista pierde parte de poder y protagonismo en el desarrollo histórico, sin que por eso su influencia perdiera en absoluto vigencia.

La Iglesia Católica, entendida como una institución que además de religiosa tiene una carga altamente significativa de poder político, conlleva a pensar en que ha de tener unos fundamentos filosóficos sobre los que estructurar una concepción humanística que le permita

articular estructuras ejecutivas de gestión social. Al indagar en esto nos encontramos con que el catolicismo hace coincidir su base ideológica, con los mismos principios sobre los que históricamente se había venido estructurando la civilización occidental, mejor aún, el catolicismo hará una síntesis de los elementos ideológicos grecolatinos y los asumirá para sí, garantizándose no entrar en conflicto directo con todo el devenir cultural del mundo clásico o helénico y agregándole los rasgos propios de su modelo humanístico. “La intelectualidad cristiana tardorromana partía de los fundamentos clásicos en los que había sido educada y formada” (Castellanos, 2006), de tal forma que la filosofía agustiniana es la cristianización del pensamiento platónico, mientras que la filosofía tomista, lo es a su vez del pensamiento aristotélico.

Construido y afianzado un modelo ideológico propio y diferenciado “la intelectualidad cristiana, de manera mayoritaria, vio a los bárbaros como a una especie de unidad en todo caso ajena y menor (en cuanto a su proceso civilizatorio), que asolaba su mundo” (Castellanos, 2006). La Iglesia Católica, encabezada por el Papa, debía de tomar posición, frente a la llegada de esta nueva masa social y tenía todo lo necesario para ser el poder dominante. “Es decir, a través de la conversión al cristianismo, los bárbaros serían menos ajenos, estarían dentro de la cristiandad y, desde la óptica del clero y de los ascetas, dentro de la romanidad” (Castellanos, 2006). Con lo cual Roma no tocaba a su fin, simplemente se dejaba asumir por un nuevo poder que le otorgaba una renovada identidad y fuerza. De ahí la expresión Iglesia Católica (universal), Apostólica (que busca expandirse, enviada fuera) y Romana (Imperial, políticamente dominante).

“Al orientar a la naturaleza, y al hombre que no es sino una parte de ella, hacia un fin sobrenatural, el cristianismo debía necesariamente modificar las perspectivas históricas recibidas y hasta el sentido mismo de la noción de historia” (Gilson, 2004, p. 353) o, dicho

de otra forma, la concepción histórica, necesariamente cambia, a partir de los planteamientos del cristianismo. Se hace perentoria la pregunta: ¿de qué forma la sociedad europea de los siglos V a XV iba a asumir esos presupuestos?

El Cristianismo había fijado el fin del hombre más allá de los límites de la vida presente; al mismo tiempo había afirmado que un Dios creador no deja nada fuera de los designios de su providencia; tenía, pues, que admitir también que todo, en la vida de los individuos como en la vida de las sociedades de que forman parte, debía ordenarse necesariamente en vista de ese fin supraterrrestre. (Gilson, 2004, p. 353)

Dicha formulación, propia de la ideología católica, otorga a la Iglesia una carga de poder absoluto, nada puede discutírsele, es todo poderosa, a imagen y semejanza de Dios. “cualquier ley o costumbre ordinaria podía ser eludida si entraba en conflicto con la voluntad de Dios. ¿Y quién interpretaba la voluntad de Dios? En la cristiandad occidental, al menos, el intérprete de esa voluntad era el Papa” (Asimov, 1999, p. 145), por ende, el Papa, obispo supremo de todos los obispos de Roma (entendida como imperio), pasaba a tener la atribución de ser el hombre más poderoso en ese contexto histórico.

La Iglesia va a pasar de ser perseguida a ser perseguidora, de ser juzgada a ser juez. Históricamente, en repetidas ocasiones, cuando una realidad (institucional o personal) oprimida, cambia a una situación más favorable, seguramente su tendencia será, copiar el modelo de opresión en el que se había visto inmersa. Este fue el caso de la Iglesia cuando pasó a ocupar un lugar de poder preponderante en lo que fuera el Imperio Romano. En esa tesitura, la persecución que abordará el catolicismo no será dirigida solamente hacia el interior del territorio europeo, sino hacia afuera también o por lo menos dirigida a todo aquel que entraba a su ámbito influencia.

La Iglesia no perseguirá sólo a ese otro interior que era el hereje, sino también a ese otro exterior que era el pagano. Se producirán persecuciones y campañas militares ahora son los paganos los que son arrojados a las fieras o quemados por los cristianos. (Fontana, 1994)

La propuesta sociopolítica de la nueva tendencia cristiana, el catolicismo, en palabras de Asimov, “tuvo tanto éxito que borró la mayor parte de los signos del pasado pagano de los germanos” (Asimov, 1999, p. 27). Haciendo uso del estatus que estaba adquiriendo, la Iglesia Católica, no dudó al ejercer como agente regulador de la sociedad, tampoco lo hizo al ratificar, en todas las circunstancias, el poder que ostentaba. Éste estado de cosas se mantendría desde la caída del Imperio Romano de Occidente, hasta el momento en que Pipino “El breve”, rey de los francos, fuera llamado por primera vez *rex Dei gratia* (rey por gracia de Dios), coronado por el papa Zacarías (Asimov, 1999, p. 149).

Pipino, hijo de Carlos Martel, el vencedor de Poitiers en el año 732 gobernaría Neustria a la muerte de su padre. Como es natural, en el convulso mundo de principios del siglo VIII, tendría que hacer frente a las consecuentes guerras civiles que suponían la sucesión. El contexto en el que Pipino “el Breve” entra en escena, será el de una monarquía merovingia en franca decadencia. Haciendo uso de una admirable astucia política, quita de en medio a su hermano Carloman y se asegura el monopolio político sobre los francos, aunque a la sombra de un títere merovingio, Childerico.

Pipino se aprovecha del problema político que supuso al papa el ascenso de Astolfo como rey de los lombardos y su avance sobre Roma. El papa Zacarías, tuvo que recurrir a Pipino para que le ayudara contra los lombardos, con la condición de que deslegitimara a Astolfo en favor de Pipino. Se convierte así en el primer rey de los francos, legitimado por el propio papa.

Con la muerte del papa Zacarías, será Esteban III quien tenga que enfrentar a Astolfo y Pipino vuelve a aprovecharse de la situación, de tal forma que se pudo librar de la legitimación del papa sin perder su popularidad y poder; de hecho, consiguió incluso que Esteban declarara que los francos pudieran elegir sus reyes, siempre y cuando fueran de la familia de Pipino, y que Pipino fuera nombrado *Patricio Romano*. Tras todo esto, tuvo lugar el acontecimiento que hoy conocemos como: “Donación de Pipino”, por la cual se le entrega al Papa una gran extensión de tierras, hacia el centro de la península, que se convertiría más adelante en lo que se conoció como los *Estados Pontificios*, los cuales en la época de su máximo esplendor, llegaron a constar de una extensión aproximada de 42 000 kilómetros cuadrados, lo que habla muy a las claras sobre la influencia y el poder que suponía ostentar el título papal en el periodo medieval (Asimov, 1999, p. 152).

A la muerte de Astolfo, Desiderio se convierte en el rey de los lombardos, quien en un primer momento no se muestra interesado en retomar la pugna contra Roma. Pipino vuelve a territorio franco y en ese ambiente, de relativa paz, extiende su soberanía hasta Aquitania, con lo cual, antes de su muerte, el territorio franco abarcaba todo lo que antes había sido La Galia romana. Carlos, hijo mayor de Pipino, Será su sucesor y se convertirá en el famosísimo: Carlomagno.

Carlos, sobre la base que había dejado Pipino, aunque dividida entre él y su hermano Carloman, consolida su soberanía sobre todos los francos, sometiendo a los aquitanos y aprovechando la prematura muerte de Carloman. Unificado lo que fuese el reino de Pipino, Carlos supo que se había ganado a Desiderio, rey de los lombardos, como enemigo. Desiderio era consciente de no poder vencer directamente a Carlos, pero tenía motivos legítimos para estar en su contra y justificar el enfrentamiento. El camino que seguirá será la búsqueda del reconocimiento papal de lo justo de su causa y lo hará ejerciendo presión sobre el papado.

En el año 772 Desiderio, en pleno proceso de elección papal, inicia una invasión sobre los Estados Pontificios. Adriano I, el nuevo papa, tiene que pedir ayuda a Carlomagno contra el rey lombardo y así es como se consolida como el gran rey cristiano de la Edad Media, llegando a tener, incluso, ascendencia sobre el mismo papa.

Carlomagno, como el gran rey de la era medieval, avalado por el mismo papado se dedicará con ahínco a la cristianización del ámbito europeo. “Vigorosamente, los soldados de Carlomagno se dispusieron a establecer el cristianismo, totalmente convencidos de que solo su religión era válida” (Asimov, 1999, p. 167). La cristianización por la fuerza que emprende Carlomagno acarrea dos consecuencias de gran relevancia para el porvenir europeo a partir del siglo IX: el feudalismo se establece como sistema sociopolítico impuesto e imperante; el uso de la violencia y de la guerra, considerados como mecanismos de promoción social. Aunque, ambos aspectos ya se daban durante toda la Alta Edad Media, sólo hasta Carlomagno se oficializan, se hacen parte imprescindible del modelo social medieval, por decirlo de algún modo.

Es necesario entender cómo funciona la sociedad feudal, para comprender el impacto y la importancia del cristianismo en su desarrollo. Lo primero que hay que considerar es que

Según las teorías medievales (y también de épocas posteriores), se creía que el gobernante había recibido de manos de Dios su autoridad temporal, su deber, consistente en hacer cumplir las leyes del país, mantener la paz y proteger a su pueblo de los enemigos mortales, era un deber sagrado. Quebrar la paz del rey constituía una ofensa al pueblo, al rey y a Dios; [...]. (McGlynn, 2009, p. 82).

La legitimidad real funde sus raíces en un argumento religioso-sobrenatural, Por tanto, toda la vida política de los pueblos está supeditada a la religiosidad de este; si la religiosidad europea es cristiana católica, su gestión y administración política, centrada en la

persona que ostenta el poder, también lo será y esto es aceptado y ratificado por toda la sociedad; situando al cristianismo católico en lo más alto, significativo y autoritario de la sociedad feudal.

Por debajo de la religión y de quien ostenta el poder religioso está quien administra humanamente ese poder por la gracia y la autoridad de Dios, esa persona es reconocida como rey, tal es el caso de Carlomagno. El rey, para asegurarse la fidelidad de sus súbditos más destacados, quienes lo acompañan en combate, sus hermanos de armas, tiene que otorgarles un regalo, que se traduce en un territorio que se pueda usufructuar y administrar como si fuera el propio rey de tal territorio. Este sistema jerárquico funciona bien mientras se reconozca la jerarquía, pero en el momento que la cabeza jerárquica se desdibuja, el sistema degenera en enfrentamientos bélicos por el dominio de territorios y este, a su vez, asegura el dominio sobre las personas que habitan tales territorios.

Quien recibe un regalo (feudo) de un señor queda vinculado con él en una relación de vasallaje que exige al vasallo para con su señor el *auxilium* en la guerra y el *concilium* en situaciones de carácter político (de organización social), así tiene origen la nobleza, que en la pirámide social es equiparable al alto clero (obispos) y que en el modelo sociológico es reconocida como autoridad por la acción divina. No obstante, la propia nobleza reconoce en la Iglesia un mecanismo de ratificación de su propio poder.

Los nobles, poseedores de feudos, tienen que tener su propia fuerza militar para defenderlos y ratificar su soberanía. Para conseguir dicha fuerza militar, hacen lo mismo que su señor hizo con ellos, es decir hacen regalos, pero sus regalos consisten en las investiduras de caballeros. El caballero queda vinculado por vasallaje con el noble que lo inviste.

Por último, en la base de la pirámide social están los siervos, quienes no serán otra cosa que una pertenencia del territorio que domina un señor feudal. Los siervos no son

esclavos, son parte integrante de la tierra y tienen derecho a usufructuarla, siempre y cuando respondan a las exigencias de su señor.

De esta forma se organizaba la sociedad feudal como un modelo basado en la tenencia, dominio y usufructo de tierras. Por tanto, el feudalismo implica un constante movimiento por la posesión de éstas, que supone una clara tendencia a la beligerancia. Quien va a la guerra por territorios y sale indemne puede aspirar a dejar de ser siervo para pasar a ser caballero de un nuevo señor feudal o dejar de ser caballero para ser señor feudal. La otra posibilidad de asenso es la pertenencia consagrada a la Iglesia, aunque esta era menos probable y restringida, teniendo en cuenta que la alta clerecía estaba reservada a la nobleza, sin embargo, esto nos da una clara visión del papel de la Iglesia en la época medieval.

El modelo funcionó bien hasta finales del siglo XI, es decir, Aproximadamente dos siglos y medio, a partir de Carlomagno. ¿Por qué falla entonces un modelo que en principio parece bastante estable? La respuesta la encontramos en su propia finalidad, un modelo destinado a poseer territorios en Europa está destinado a morir, en vista de que Europa es relativamente pequeño. Las constantes guerras medievales por la posesión de tierras llegan a un punto de equilibrio, propiciado por las grandes casas nobles que se han venido constituyendo y consolidando a lo largo del tiempo, éstas, toman la decisión de no atacarse entre sí para evitar grandes guerras de desgaste. Esa decisión hace que la guerra como factor social quede anulada y que la caballería pierda en cierta forma su sentido; falla el sistema en su propia esencia.

Ante esta notable decadencia medieval, entra en escena un factor que se antoja como la posible salvación del sistema feudal, pero que sería, por el contrario, el inicio de su final definitivo. En el año de 1095, el emperador de Constantinopla, Alejo I, escribe una carta al Papa Urbano II en la que le pide apoyo militar en contra de los sarracenos (mundo islámico),

que están próximos a invadir esa parte del imperio y entrar a Europa por oriente. Alejo I, usará como pretexto la necesidad imperiosa de recuperar “Tierra Santa” del poder musulmán. Al papa la idea de una gran “Guerra Santa”, por la recuperación de los “Santos Lugares”, le supone la reactivación de la guerra, la recuperación de la caballería y la posibilidad de llevar el sistema feudal a un lugar dónde hubiese más tierras que garantizaran su funcionamiento. Así inicia el fenómeno que hoy conocemos como: las Cruzadas.

La nueva guerra oriental implica la salida de Europa de los dos estamentos sociales superiores: la nobleza y la caballería. Queda así la servidumbre sin quien la gobierne efectivamente. En un primer momento esto no supuso un gran cambio social europeo, pero hacia el siglo XII hay un excedente demográfico muy importante, proveniente de la servidumbre, y éste que, por su procedencia, en un primer momento no podía, ni debía abandonar la tierra, comienza a hacerlo masivamente generando un movimiento social sin precedentes en la época feudal.

Esos nuevos grupos sociales en movimiento comenzaron a asentarse en los cruces de los caminos dando paso a nuevos asentamientos urbanos, que dada su especialización en algún oficio manual determinado comienzan a llamarse *burgos* y sus habitantes *burgueses*. La aparición de esta nueva clase social, proveniente de la servidumbre, en sus comienzos solo significó nuevos asentamientos urbanos alejados de los castillos medievales y claramente dedicados a actividades comerciales, pero con el paso de los siglos, hacia el XIV, esos asentamientos que en el siglo XII fueran insignificantes, se habían consolidado como grandes ciudades comerciales, que no obedecían en absoluto al planteamiento de sistema feudal.

Si las ciudades burguesas no se sometían a las formas político-administrativas del feudalismo, entonces ¿cómo se organizaban? Responder a esa pregunta justifica la aparición

de la institución universitaria y a partir de ella la consolidación de lo que conocemos como “el Humanismo”. Estos serán las causas del surgimiento de un momento histórico muy concreto y corto: el Renacimiento, que será la puerta de entrada a una nueva era, conocida como “la Modernidad”.

En la modernidad se da la confluencia de varios aspectos, por los cuales, es posible afirmar que el mundo había cambiado radicalmente: la aparición de la burguesía y su alejamiento paulatino y constante de la autoridad del cristianismo católico que tendría como colofón lo que se conocería como Reforma Protestante, personificada en Martín Lutero a inicios del siglo XVI; la recuperación y democratización del conocimiento y la cultura del mundo clásico greco-romano, como base sobre la que construir la nueva sociedad que se estaba gestando, este aspecto dio origen a las universidades y se consolidó con la invención de la imprenta a mediados del siglo XV, no obstante, no hay que desconocer el protagonismo del cristianismo, y más exactamente de las ordenes monacales, en este aspecto, dado que si no es por éstas y su labor de copistas, el mundo no habría conservado ni recopilado todo ese conocimiento; la nueva mirada del mundo propuesta por Copérnico que dará como resultado la expedición de Colón en busca de las Indias orientales a finales del siglo XV; la expulsión definitiva del mundo islámico de territorio europeo y la consolidación de la bandera cristiana, aunque solo sea nominalmente en el nuevo estado de cosas, como unificadora de Europa y por último la revolución filosófica cartesiana de principios del XVII, que daría paso a una nueva forma de pensar netamente centrada en el hombre y su capacidad racional, con la que se da paso a lo que conocemos hoy como antropocentrismo y que, sin embargo, surge también de las entrañas del pensamiento cristiano, teniendo en cuenta que Descartes fuese sacerdote jesuita y que pretendía demostrar la existencia de Dios. Para concluir no queda más que reconocer, con las palabras de Fontana que “Según la historia oficial europea, el segundo

elemento caracterizador de ‘lo europeo’, junto a la cultura clásica, es el cristianismo” (Fontana, 1994).

Referencias bibliográficas

- Asimov, I. (1999). *La Alta Edad Media*. Alianza Editorial.
- Ballesteros, A. E. (2013). *El feudalismo y la vida monástica* (4.^a ed.). Editorial Hiares Multimedia. <https://ugc.elogim.com:2117>
- Castellanos, S. (2006). Bárbaros y cristianos en el Imperio tardorromano. La adaptación de la intelectualidad cristiana occidental. *Studia Histórica. Historia Antigua*, 24, 237-256. <https://revistas.usal.es/uno/index.php/0213-2052/article/view/5964>
- Dawson, C. y Hernández, H. V. (1997). *Historia de la cultura cristiana*. Fondo de Cultura Económica.
- Ferrill, A. (1998). *La caída del Imperio Romano: las causas militares* (P. González Bermejo, trad.). Editorial EDAF.
- Fontana, J. (1994). *Europa ante el espejo*. Editorial Crítica
- García de Cortázar, J. Á. y Artola, M. (1980). *La época medieval*. Alianza Editorial.
- Gilson, É. (2004). *El espíritu de la filosofía medieval*. Ediciones Rialp.
- Lamb, H. (1972). *Carlomagno. la leyenda y el hombre*. Ediciones Grijalbo.
- McGlynn, S. (2009). *A hierro y fuego. Las atrocidades de la guerra en la Edad Media*. Editorial Crítica.
- Toubert, P. (2016). *En la edad media: Fuentes, estructuras, crisis* (A. Malpica, R. Peinado y B. Sarr, trads.). Editorial Universidad de Granada. <https://ugc.elogim.com:2117>